

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

Un resultado y una existencia. Diálogos entre Kierkegaard, Unamuno y la neurosis de transferencia.

Belaustegui Goitia, Victoria Cecilia.

Cita:

Belaustegui Goitia, Victoria Cecilia (2016). *Un resultado y una existencia. Diálogos entre Kierkegaard, Unamuno y la neurosis de transferencia. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/661>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eAth/AmK>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UN RESULTADO Y UNA EXISTENCIA. DIÁLOGOS ENTRE KIERKEGAARD, UNAMUNO Y LA NEUROSIS DE TRANSFERENCIA

Belaustegui Goitia, Victoria Cecilia
Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Este trabajo intentará trabajar un interrogante que propone Lacan en el Seminario 10, acerca de la neurosis de transferencia. Allí se pregunta si es o no la misma que se detectaba al comienzo. Situados en este problema, se articularán la neurosis de transferencia y la repetición. Y tal conjunción se debatirá a la luz de inquietudes particulares del filósofo danés Søren Kierkegaard, y del escritor español Miguel de Unamuno.

Palabras clave

Psicoanálisis, Repetición, Neurosis de Transferencia, Kierkegaard

ABSTRACT

A RESULT AND AN EXISTENCE. DIALOGUES BETWEEN UNAMUNO, KIERKEGAARD AND TRANSFERENCE NEUROSIS

The aim of this paper is to work on Lacan's questioning in Seminar 10, in reference to transference neurosis, in which he raises the question on whether it is the same as it was in the coining of the concept. The conspicuous setbacks and misunderstandings in analysis of that time compel Lacan to ask himself the place of subject "a", as well as analyst's desire on transference. Being situated in this issue, we can articulate transference neurosis and repetition. And such conjunction will be discussed in view of the Danish philosopher Søren Kierkegaard's writings, as of the Spanish writer Miguel de Unamuno.

Key words

Transference neurosis, Repetition, Psychoanalysis, Kierkegaard

Introducción

Este escrito se enmarca en el trabajo en curso del Proyecto de Investigación UBACyT 2014-2017 "*Lógicas de la castración. Frege y la Función fálica*", dirigido por Alicia Lowenstein. Venimos orientados, hace un tiempo ya, por la pregunta acerca del fin del análisis. En esta oportunidad surgió la inquietud sobre un interrogante que propone Lacan en el Seminario 10: "La neurosis de transferencia en un análisis, ¿es o no la misma que era detectable al comienzo?"^[i] Los estancamientos y malentendidos evidentes en los análisis de la época, interpelan a Lacan a preguntarse por el lugar del objeto *a* así como por el deseo del analista en la transferencia. El breve recorrido de este trabajo situará preguntas y articulaciones de lectura entre la neurosis de transferencia y la repetición. Dicha conjunción -objeto de numerosos análisis, por cierto- se iluminará en esta ocasión desde inquietudes particulares que ocuparon a dos pensadores existencialistas, el filósofo danés Søren Kierkegaard, y el escritor español Miguel de Unamuno.

Un problema de la neurosis de transferencia

Es manifiesta, en el Seminario 10, la preocupación de Lacan por la neurosis de transferencia. El interrogante citado en la introducción continúa de esta manera: "(...) A veces la vemos en un callejón sin salida, a veces conduce a un perfecto estancamiento de las relaciones del analizado con el analista, pero, en suma, no hay en ella nada distinto de lo que podía manifestarse de análogo al comienzo, salvo que está concentrada, toda ella presente."^[ii]

Claro está que dicha interrogación surge de la práctica analítica que rodea a Lacan en ese momento, fundamentada en el análisis de la transferencia. Son los malentendidos acerca de esta técnica los que, para Lacan, conducen a obtener a la salida de un análisis, la neurosis de transferencia misma. Pone en evidencia, incluso, la satisfacción que escuchó de ciertos analistas al argumentar que, si bien dar forma a la neurosis de transferencia no es la perfección, es sin embargo un resultado. Lacan agrega, críticamente, que ese resultado lo deja a uno realmente perplejo.

Acto seguido, afirmará que el *a* "es el único objeto que debe proponerse al análisis de la transferencia"^[iii]. No quiere decir que esto resuelva todo, de hecho, abre otro problema: la cuestión del deseo del analista. Cuestión que, aunque existe como pregunta desde siempre, no estaba resuelta -y podemos agregar, tampoco trabajada de manera satisfactoria.

De los numerosos problemas que entraña la neurosis de transferencia durante el análisis, situamos particularmente este: ¿qué sucede con la neurosis de transferencia al final del análisis? Si el producto de un análisis es la neurosis de transferencia misma, es evidente que algo no ha sido tocado. La propuesta de Lacan, para salir de tal encerrona, consiste en poner en juego-seriamente- tanto el objeto *a* como el deseo del analista.

Ahora bien, más allá de la impericia del analista en cuestión, aventuramos que lo que se despliega en el escenario analítico, es tierra fértil para que dicha detención germine. Entonces, el problema ¿es el analista o el discurso analítico?, ¿de quién es el límite? Planteemos una situación hipotética: un análisis conducido por un analista bien orientado en su técnica -por caso Lacan-, puede en su despliegue, poner en juego elementos que precipiten su propio estancamiento. Es una paradoja entonces decir que el mismo movimiento que incita el análisis, puede propiciar su detención.

La repetición es uno de esos elementos, tan necesario para que un análisis sea posible, como incómodo a la hora de pensar en su final. Sin entrar en nuevos callejones -ya que es sabido que la repetición es inevitable, incluso esperable, y aún más, estructuralmente ineliminable-, podemos en principio situar el obstáculo. ¿Qué provee la repetición? ¿Qué garantiza? ¿Qué la hace tan tentadora?

Las delicias de la repetición

No se va a plantear aquí una solución al problema, menos aún de la mano del existencialismo. Es conocido el interés de Lacan por

Kierkegaard[iv] -a quien se considera el precursor de tal pensamiento-, tanto en relación con el concepto de repetición, como con el de angustia. Insistentemente, Lacan recomienda la lectura del escrito “*La Repetición*”. La curiosidad del psicoanálisis por este pensamiento resulta lógica, si pensamos que la propuesta existencialista abogaba por combatir la filosofía especulativa, colocando al sujeto no como un reflejo objetivo de la realidad sino incluyéndose a sí mismo en el acto de pensar. Sin embargo, situamos al menos una diferencia en la posición desde la que parte cada uno: mientras que en los planteos existencialistas el deseo parece tener intencionalidad, el psicoanálisis ubica al mismo en la dimensión de su causa. Entonces, aunque partamos desde diferentes posiciones –o precisamente por ello- me interesa tomar dos situaciones, una planteada por Kierkegaard, otra por Unamuno. Así, nos valdremos de las diferencias entre el existencialismo y el psicoanálisis para pensar la repetición y la neurosis de transferencia, de cara a la castración. La primera situación la relata Kierkegaard en su escrito “*La Repetición*”[v]. Se trata de la relación que él mismo dice entablar con un muchacho algo oscuro[vi], que en cierta oportunidad le confiesa estar profundamente enamorado de una jovencita, y ser correspondido con creces. Sin embargo, desde el principio, el muchacho se había dispuesto no a vivir este amor, sino directamente a recordarlo. Ya daba por finalizada la relación con su novia. Relación que, por las dudas aclaramos, no había ni remotamente comenzado. No importaba si el día de mañana la chica le prometía amor eterno, desaparecía, se casaba con otro, o se moría. Él, invariablemente, lloraría con amargura la ruptura con ella. Ya estaba puesto en el camino de ser un desgraciado y vivir en un estado de profunda nostalgia melancólica. Lo único que hacía el muchacho era suspirar por su amada, quien despertó en él un enorme afán de actividad poética. De ello, Kierkegaard deduce que ella no era en realidad su amada sino la ocasión que despertó en él la actividad creadora. Eso mismo, ni más ni menos, la hacía inolvidable. Como la muchacha lo correspondía, e incluso demandaba matrimonio, el joven desapareció dándose por muerto. No soportaba la idea de desilusionarla confesándole que su interés por ella era estrictamente poético y nostálgico.

Kierkegaard reflexiona: ¡el muchacho no creía en la repetición, por tal motivo tuvo que resolverlo así! Y hace un contrapunto entre el recuerdo y la repetición. “Porque *la repetición* viene a expresar de un modo decisivo lo que *la reminiscencia* representaba para los griegos (...) Repetición y recuerdo constituyen el mismo movimiento, pero en sentido contrario. Porque lo que se recuerda es algo que fue, y en cuanto tal se repite en sentido retroactivo. La auténtica repetición, suponiendo que sea posible, hace al hombre feliz, mientras que el recuerdo lo hace desgraciado...”[vii] Mientras que este último entraña la melancolía del recordar, la inquietud de esperanzarse, o la angustia ante la fascinación de lo descubierto, la repetición es “la deliciosa seguridad del instante”.[viii] Es indestructible, ajustándose siempre a la talla de quien la experimenta. Es la representación de lo antiguo como fuente inagotable de placer. Incluso, contra todo sentido común, Kierkegaard la compara con el amor que uno puede sentir por la amada esposa de siempre. Lejos de ser un hastío, ella nos colma de felicidad. Solamente, dice, nos cansamos de lo nuevo. La reminiscencia platónica alude a que lo que ahora existe, ya existió antes. Pero la repetición propone que lo que ya ha existido, ahora empieza a existir de nuevo. Kierkegaard llama valiente al hombre que desea la repetición, ella es tanto la realidad como la seriedad de la existencia. Aún más, el mundo subsiste gracias a que consiste en ella. Y agrega algo, a mi juicio sumamente interesante: la repetición satisface todas

nuestras necesidades.

Hasta aquí, si bien se presentan diferenciadas, podemos pensar que tanto el recuerdo como la repetición funcionan como respuestas frente al desencuentro. Una más melancólica y ruinosa, la otra más exultante. Pero a fin de cuentas, dos maneras distintas de salvaguardarse de la castración.

Kierkegaard se pregunta, sin embargo, si es posible la repetición. Paradójicamente en su casa y en circunstancias habituales, se sentía estancado para pensarlo. Entonces emprende varias situaciones con las que intenta experimentar la repetición (volver a viajar a Berlín, luego volver a su casa). Y lo que descubre es que la vida *toma de nuevo*[ix] lo que nos ha dado, sin por ello darnos una verdadera repetición. Parecería que el hecho de “volver” no significa obtener una repetición auténtica.

Luego de este *impasse* escéptico, Kierkegaard resurge, ahora enlazando la repetición con la religión. Lo interesante es que en este movimiento, el que lo alecciona es el joven melancólico. ¡Qué bueno que no seguí tus consejos!, le dice a Kierkegaard, porque es en la esfera religiosa, en la eternidad, donde se producirá la repetición auténtica, que expresa la insistencia del hombre en relación con lo verdadero. En este sentido significa trascendencia. Es una especie de saber de salvación, no meramente especulativo, sino un saber de “cómo hacerse individuo”, que orientado por Dios, constituye la única y verdadera realidad[x]. Aparece así una tercera posición, de la mano de Dios. La providencia de un saber sobre “cómo ser”. La repetición termina siendo, de alguna manera, un saber no sólo sobre la existencia sino también sobre la trascendencia del hombre. Muy lejos de intentar agotar las interpretaciones sobre este interesantísimo trabajo de Kierkegaard sobre la repetición, propongo que retengamos tan solo la idea de la repetición como un saber, como una respuesta frente a la pregunta existencial del hombre, como dadora de sentido.

La segunda situación que quiero comentar es la que transita el personaje principal de “*Niebla*”, la novela -o *nívola*[xi] como prefiere llamarla el autor-, que Miguel de Unamuno[xii] escribe en 1907 y publica en 1914. El protagonista es Augusto, un hombre rico y solo. Su existencia, hecha de pequeñeces cotidianas, transcurría mansa, humilde, rutinaria. Vivía ensimismado en sus pensamientos y fantasías, disfrutando de sus eternos soliloquios. Una mañana de tantas otras, se cruza en la calle con una *garrida moza que imanta sus ojos*, y desde ese momento, comienza un periplo que le va a consumir la vida. Como no la conoce ni tiene manera de contactarse con ella, la sigue, habla con la portera de la casa donde la ve entrar, le escribe cartas, le pide a la portera que se las entregue. Vuelve una y otra vez, día tras día, en busca de algún signo de aprobación de la muchacha. Lo que recibe son cada vez mayores obstáculos: que ella no quiere verlo, que tiene novio, que va a comprometerse, que solicita que él no vuelva a insistir por ella. Augusto se siente cada vez más enamorado, de una mujer que lo rechaza y con la que ni siquiera ha hablado. Incluso, un día se la cruza por accidente en la calle, y de tan embebido que estaba en sus fantasías -con ella-, no la reconoce. Su insistencia corroe todos los artilugios que pone en marcha Eugenia para ahuyentarlo, al punto de conquistar a su familia y hacer un trato económico con ellos que, literalmente, resguarda a Eugenia de la zozobra futura. Pero para gozar plenamente de este derecho, Eugenia debe casarse con él. Finalmente, ella accede, no por eso dejar de maltratarlo notablemente. Al punto de que, faltando muy poco tiempo para unirse en matrimonio, le tiende una trampa vil a Augusto. Estafa que tendrá un costo subjetivo altísimo para nuestro protagonista, aniquilándolo trágicamente.

Con la vida mansa, Unamuno alude al aburrimiento como tedio

existencial, que es un aspecto constituyente del hombre y a la vez descubre su realidad: la nada esencial[xiii]. El amor por Eugenia es un invento de Augusto al que se aferra para sofocar su tedio existencial, salir del aburrimiento, romper con la inercia de su vida. Esto lo lleva a sentir que tiene que tomar una determinación, lograr por todos los medios la formalización con ella. De su ensimismamiento melancólico, pasa a una exaltación apasionada y viril. Los numerosos obstáculos que encuentra y la esquizofrenia de la joven le retornan como un repetido cuestionamiento sobre su ser, sobre su existencia. Curiosamente, es en la escena final, luego de la burla y el abandono de Eugenia, donde expresa su máxima certeza respecto de su existencia. Allí, en ese instante, no duda de que *él es*.

“Neurosis de existencia”

A lo largo de su obra, Lacan produjo movimientos teóricos respecto de la repetición. No vamos a desarrollarlos aquí, simplemente nombraremos con una palabra el recorrido: como insistencia significativa en el Seminario 2; luego como repetición de lo real, introduciendo la *tyché* y el *automatón* en el Seminario 11; y como recuperación de goce en el Seminario 17.

Situándonos desde cualquiera de estas variantes, propongo abrir y pensar una dimensión que podríamos llamar “existencial” de la repetición. Esta última, así como el recuerdo kierkegaardiano, o la insistencia melancólica que sostenía a Augusto, presentan a la repetición como un modo de ser. Una respuesta a la inquietante pregunta por la existencia. Frente al agujero de la nada, a la catarata de cavilaciones sobre el ser, repetimos. Y nos aferramos a ello. Donde los existencialistas encuentran la angustiada formulación de la nada, desde el psicoanálisis podríamos decir: eso ya es una respuesta frente a la inexistencia. O para decirlo de un modo extremo, ya es un alivio encontrarse con el fantasma, con la repetición, incluso con la angustia.

Volviendo a nuestro problema sobre la neurosis de transferencia, y reflexionando sobre las dos situaciones planteadas, recordemos aquella paciente de Freud[xiv], que en cierta ocasión se encuentra llorando en la calle, y reconoce al contarle a Freud que había sido presa de una fantasía: entablaba relación con un conocido y virtuoso pianista (que ella no conocía), tenían un hijo y luego el hombre los abandonaba a ambos. Una fantasía que tiene todos sus efectos en la neurosis, lee Freud. Desde este recorrido, podemos arriesgarnos a decir que aferrarnos a la repetición –en una fantasía, por ejemplo- puede ser *delicioso*, como expresaría Kierkegaard. Es tentador encontrar alguna respuesta. Lo interesante, es que esa respuesta puede ser la misma neurosis de transferencia al final de un análisis. De esta manera, en los términos en los que se interroga Lacan, la neurosis de transferencia al final, como resultado, sería una nueva respuesta fantasmática del sujeto. El sujeto sale del análisis con un “fantasma analítico”. Así como la neurosis de transferencia provee satisfacción sustitutiva durante el análisis –obstáculo que encontró Freud-, encontrarla como resultado al final puede ofrecer una respuesta. Funcionaría como un nombre, una variante del fantasma: la “neurosis de existencia”.

A modo de conclusión

Planteamos en un inicio la pregunta por la neurosis de transferencia al final del análisis. Del recorrido y la lectura de dos situaciones, la del poeta melancólico de Kierkegaard y el Augusto de Unamuno, se desprende que las elucubraciones de uno y de otro funcionan como respuestas frente a la castración. No hay encuentro con sendas muchachas de las que dicen estar enamorados; en lugar de ello, hallamos –repetidamente- fantasías, ensimismamientos, soli-

loquios. Nuestros protagonistas se aferran a ello. A partir de estas historias, planteamos qué sucede con la neurosis de transferencia al final del análisis. Y planteamos como hipótesis, que ella misma puede funcionar como una de estas historias, como una respuesta frente a la castración. De ello, surgen más preguntas. ¿Ese “modo de existir” hay que tocarlo al comienzo? Si no se tocó, ¿hubo análisis? Y si el resultado del análisis fue la neurosis de transferencia, ¿se puede afirmar que se estuvo en análisis? ¿Es un destino en el que el análisis lamentablemente naufragó, o es una dirección equivocada que se tomó desde el comienzo, aunque no haya sido explícitamente el propósito? ¿Qué lugar tienen el objeto *a* y el deseo del analista en esta coyuntura?

Está claro que no hemos hablado de parejas que se encuentran en el amor, a lo sumo, las “unió el espanto” –como diría Borges-. La neurosis de transferencia y sus problemas invitan a pensar en otra pareja: la del analizante y el analista. La “unión” aquí, si no es por el espanto, es cuanto menos inquietante.

NOTAS

[i] Lacan, J (1962-63). *La Angustia*, op.cit, p. 303

[ii]Ibid.

[iii] Lacan, J (1962-63). *La Angustia*, op.cit, p. 304

[iv]Soren Kierkegaard, 1813-1855. Filósofo y teólogo danés, considerado padre del existencialismo. Su corta vida estuvo signada por tumultuosos cuestionamientos.

[v]Kierkegaard, Soren (1843): *La Repetición*, op.cit

[vi] En las notas del traductor de la edición consultada, se mencionan las numerosas referencias autobiográficas de la obra, siendo este relato una probable alusión a la relación desconcertante que tuvo Kierkegaard con Regina Olsen.

[vii] Kierkegaard, Soren (1843): *La Repetición*, op.cit, p.130

[viii] Kierkegaard, Soren (1843): *La Repetición*, op.cit, p. 131

[ix] El sentido literal de la palabra danesa *Gjentagelse*, que Kierkegaard utiliza para nombrar a la repetición.

[x] El lazo con Dios vence los límites y contradicciones de la vida humana, temporal e inmediata. El hombre, luego de la tormenta, vuelve a ser él mismo, pero ahora conociendo doblemente el valor y el significado de su personalidad. Recibe lo que había tenido, pero duplicado; y lo que recibe son bienes espirituales. De eso se trata la repetición.

[xi]*Nívola*: neologismo que elige Unamuno para clasificar a su relato. Es una palabra que se acerca al vocablo latino “nébula” que significa “niebla”, pero al cambiar la b por la v, la acerca también a “novela”. *Niebla* sería una “novela nebulosa” o una “niebla novelesca”. Es *Niebla* por el tema, y también por la técnica desrealizadora con la que Unamuno construye el relato.

[xii]Miguel de Unamuno, 1864-1936. Fue un escritor y filósofo español, que vivió como escribió: angustiado, contradictorio y rebelde como los personajes de sus novelas. Es considerado existencialista por las ideas filosóficas plasmadas en sus ensayos.

[xiii] Esto es lo que Unamuno desarrollará en su ensayo “El sentimiento trágico de la vida”.

[xiv] Freud, Sigmund (1908): “*Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*”, op.cit, p. 142

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Freud, S (1908). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En Etcheverry, J. L. (Trad.) Sigmund Freud Obras Completas, t. IX, (pp. 137-148) Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976
- Kierkegaard, S. (1843). *La Repetición*. Traducción directa del danés por Demetrio Gutiérrez Rivero, Madrid: Guadarrama, 1976

Lacan, J (1954-55). El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Traducción directa del francés por Irene Agoff, Buenos Aires: Paidós, 1983

Lacan, J (1962-63). La Angustia. Traducción directa del francés por Enric Berenguer. 2006. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J (1964). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Traducción directa del francés por Diana Rabinovich, Buenos Aires: Paidós, 1987.

Lacan, J (1969-70). El reverso del psicoanálisis. Traducción directa del francés por Enric Berenguer y Miquel Bassols, Buenos Aires: Paidós, 1992

Unamuno, M. de (1914). Niebla. Estudio preliminar, notas y vocabulario de Emilse Gorriá, Buenos Aires: Huemul, 1993